

## Discurso del Dr. Egidio S. Mazzei

*en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba*

En nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales (que preside el Dr. Guillermo Garbarini Islas), de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (presidida por el Ingeniero Manuel Castello) y de la Asociación Médica Argentina (dirigida por el Dr. Eduardo L. Capdehourat), la más antigua de las instituciones médico-científicas del país, traigo a esta nueva Academia de Ciencias Médicas nuestro saludo y los mejores augurios para su vida que hoy se inicia. La idea de su fundación y la tarea cumplida por la Comisión Directiva presidida por el Prof. Marsal, merece el aplauso más fervoroso. El día de hoy será histórico para la cultura argentina.

\* \* \*

En una oportunidad anterior, en 1959, recordamos *la misión de las Academias en el mundo de la cultura occidental*. Ellas tienen su función específica. Han sido, junto con las Universidades, instrumentos de la cultura de Occidente, de esa cultura que, como la primera de ellas, nació en Grecia, se propagó a toda Europa y luego a América y es fruto de lo que se ha llamado el *espíritu europeo*.

Paul Valéry ha sido —creemos— quien mejor ha expuesto este concepto: “el hombre desde el Génesis, desde sus primeros pasos tiene *el sueño del Conocimiento y de la Inmortalidad*; del cuadro de realizaciones, las más numerosas, las más sorprendentes y fecundas las ha cumplido una parte muy restringida de la humanidad, y sobre todo un territorio muy pequeño en relación con el conjunto de tierras habitables. *Europa* ha sido ese lugar privilegiado y es el espíritu europeo el autor de esos prodigios. El sur de Europa lo bordea un mar ilustre, cuyo papel ha sido maravilosamente eficaz en la elaboración de ese espíritu; todos los pueblos que vivieron junto a sus orillas se han embebido de él, y Europa, que comenzó por ser un mercado mediterráneo, se convirtió en fábrica intelectual incomparable, recibiendo de todas partes las cosas del espíritu y distribuyéndolas a sus innumerables órganos”.

Asimismo, considera Valéry como *européos* a todos los pueblos "que en el curso de la historia han experimentado *tres influencias*: la de Roma, modelo de la potencia organizada y estable; *la del cristianismo*, que confiere con el bautismo una dignidad nueva (así como Roma confería la ciudadanía a los enemigos de la vispera) y que hace conocer a los hombres del Occidente esa vida interior; y *la de Grecia*, a la que debemos la disciplina del espíritu; un método de pensar que tiende a realizar todas las cosas con el hombre, que hará la crítica y el análisis de sus juicios; de esas disciplinas del espíritu debía salir *la ciencia* que es la producción característica de nuestro espíritu. *Europa es ante todo, la creadora de la ciencia*; por ello gravita hoy mucho más que el resto del globo". En realidad, no es Europa la que lleva esta ventaja, es el *espíritu europeo*" del cual América es una creación formidable; y por ello en el futuro será calificado de "*espíritu atlántico*".

\* \* \*

Creemos con François Russo que *la ciencia integra la cultura* y que ella, como esta última, es *preocupación del perfeccionamiento interior, de la creación libre*, y que el espíritu de investigación; el espíritu positivo y el matemático —que implica toda investigación científica— tienen también *valor humanista*, son valores que conviene integrar en la cultura, si se quiere que ella se arraigue en el mundo de hoy; pero por *sí solos*, esos valores (espíritu de investigación, especialización, positivo, matemático) no pueden constituir *la cultura* que nuestro mundo necesita; esos valores no adquieren verdaderamente su sentido sino "*a condición de estar estrechamente asociados a los valores del humanismo tradicional, para asegurar el equilibrio de la cultura, para conjurar la incultura que engendra el exceso de la ciencia*".

Una de las tareas de las Academias, al conservar la cultura *es defender el humanismo tradicional*, que tiene entre sus valores: la preocupación por el hombre, el sentido de la reflexión, el sentido del pasado.

Y bien, la historia demuestra *la estrecha relación que tiene la cultura con las Academias y las Universidades*, y que *la misión de las Academias resulta de su propia historia y de las necesidades culturales que abarcan en su actividad*.

Ellas han sido parte de la *civilización occidental*, mundo de *concepción científico-racional de la realidad, tan distinta de la otra concepción estético-religiosa del mundo oriental*; en esta civilización occidental será la Grecia la *fundadora de la primera Academia*, como será también Grecia la creadora de la técnica de la razón, y de la ciencia como técnica, y luego Francia la mayor renacentista de las mismas.

Como es bien sabido, la denominación nació en Grecia y la primera Academia, por haberla fundado Platón en los jar-

dines contiguos al santuario del héroe Academo se *llamó Academia*; Platón la erigió con una intención concreta, *docente*, y dio más importancia a la *enseñanza oral* que a la actividad literaria; como lo recuerda Hirschberger, en la Academia Platónica no quedó en segundo término el aspecto pedagógico de *la formación y la educación del hombre*; pues de ellas partieron iniciativas y orientaciones para la vida pública, ya que para los antiguos no fue la Filosofía un menester ajeno a la vida, si no *un positivo aprendizaje para dar forma a la realidad*; y Platón mismo nada anheló tanto como ver llevados a la práctica sus ideales políticos del Estado.

Pero el sentido que hoy se da a esa palabra, fue desconocido por los antiguos y las corporaciones como las actuales sólo hacen su aparición en el siglo xvii, en Italia y en Francia, para tratar de *ser centro de cultura*, entendiendo por ella no un sinónimo o un matiz de civilización, sino la separación alemana, al aplicar ese término a los *aspectos intelectuales y espirituales de la civilización*.

No hay duda que en la evolución de la cultura y del pensamiento científico del siglo xvii, fue hecho importante la fundación de las Academias; hasta entonces la cultura se difundía en círculos pequeños. En 1603 el príncipe Celsi fundó en Roma la primera, la de los Lincei; a propuesta del Cardenal Richelieu, Luis XIII erigió la Academia Francesa, que durante siglos fue la más ilustre de las Academias científicas y su divisa fue: *a la inmortalidad*; luego en Florencia, la del Cimento; en Alemania nació la Academia Leopoldino-Carolina; en Oxford, Boyle fundó la Sociedad Real Inglesa; la Academia de Ciencias de París nació durante el Ministerio de Colbert; después de 1700 se originó la de Berlín, fundada por Federico I a instancia de Leibnitz; en Inglaterra son sus equivalentes las sociedades reales de Londres; siguiéndole la New York Academy of Sciences y la Academia de Medicina de Nueva York; las restantes de los otros países, incluyendo las de Río de Janeiro y Buenos Aires, lo hicieron en lo que siguió de los siglos xix y xx.

Puede decirse que en la historia de la ciencia laica "las Academias completaron el trabajo de las Universidades del Renacimiento y prepararon los laboratorios de las escuelas modernas".

Yendo ya al caso particular de las *Academias Médicas* es elocuente lo que han significado en esta disciplina.

En el siglo xix y en los primeros decenios del siglo xx han sido las de París y de Berlín las que estuvieron a la cabeza del movimiento médico científico mundial; más tarde, la hegemonía se compartió con la de Nueva York y con la de una institución equivalente: la Royal Society of London.

Creo oportuno por razones de tiempo referirme aquí sólo a la primera, pues ella, la de París, es demostración cabal de la *misión y utilidad de las Academias Médicas*, modelo de la vida de ellas, y *testimonio de la evolución de la medicina clínica en particular*.

En los albores del siglo XIX, Luis XVIII fundó la *Academia de Medicina de París*, "*para ocuparse de todos los proyectos de estudios o de investigaciones que pueden contribuir al progreso de las diferentes ramas de curar.*"

La nueva compañía tuvo como presidente al barón Portal; más tarde, lo fue Laennec, el fundador de la Clínica. Al cumplir su centenario en 1920, su balance demostró que "*a lo largo de un siglo había sido el escenario de las glorias de la medicina*" con Laennec, Claudio Bernard, Villemín, Pasteur, y tantos otros.

Que esta nueva Academia de Ciencias Médicas, sea, como aquélla, promotora del progreso de esa disciplina, para honor del país y gloria de Córdoba.